

Onkelos, con infinita satisfaccion, respondió:

— Acabo de enfrenar la fiera.

— Acabais de abrirle la jaula para que se arroje sobre la ciudad, y nos despedace á todos,— musitó Helquías, tan malvado como temeroso.

— Allá verémos, espíritus pacaos, allá verémos,— repuso Onkelos sonriendo, cada vez mas satisfecho, y gozando, al considerar que era de los pocos que entendian á Pilatos.

Anás, que tampoco comprendia el paso que Onkelos acababa de dar; Anás, que á pesar de su audacia, temia la mirada que Pilatos dirigiera á la fortaleza Antonia, y el pauroso silencio con que el pretor se retirara del balcon; Anás, digo, encogiéndose de hombros habló así:

— ¡Pues qué! ¿No jugamos el todo por el todo? Habeis hecho bien, Onkelos; habeis hecho bien.

— Por eso que jugamos el todo por el todo, ahora os digo que la partida está ganada.

— ¡Ojalá! — balbuceó Anás con aparente indiferencia.

— ¡Ojalá! — repitieron todos con temerosa duda.

— El tiempo y los acontecimientos lo dirán. No lo dudeis; acabo de amarrar la fiera, — replicó Onkelos con un admirable tono de seguridad que desesperaba á muchos.

— ¡Ojalá! — musitaron algunos con duda.

— ¡Pobres de nosotros! — balbucearon otros mas temerosos.

CAPITULO VII.

De Pilatos á Herodes.

Al retirarse del balcon el pretor romano iba diciendo:

— ¡Oh! temo que acaben por vencerme; temo que me obligarán á cometer una grande injusticia, pero si ese extremo llega, por Vénus y por Baco les juro que la Judea ha de acordarse de mí, y que los hebreos todos llorarán con lágrimas de sangre la violencia que en la presente ocasion me hagan. Acusar á Jesús de Nazareth de sedicioso; acusarle poco menos que de haber promovido la rebelion que estalló el año pasado en Galilea, cuando no existe en todo Israel hombre mas pacífico y mas inocente!... Por Júpiter y Marte! yo les vuelvo á jurar, que si me colocan en la dura alternativa de condenar á Jesús, ó de perder la confianza de Tiberio, Jesús caerá, pero Israel, todo Israel será el teatro de mis venganzas implacables... En tanto, luchemos aun para evitar una víctima mas al patíbulo, y luchemos hasta el último extremo, porque esta no es solo cuestion de humanidad, sino que lo es tambien de honra para mí.

Y diciendo esto, llegó de nuevo al lugar donde Jesús permanecia desde el momento que lo introdujo Cornelio en el salon del tribunal.

El divino Salvador, humilde y digno como siempre, siempre guardando el noble aspecto de los mártires, obra-

ba, como sabemos, sobre Pilatos, de una manera que este idólatra no sabia cómo esplicarse, porque tampoco creia en nada.

Y Pilatos, al hallarse en presencia del divino Redentor, sintió que todo el coraje que llenaba su pecho iba desapareciendo, y que le sustituia un estraño respeto y una compasion estraña, mezclados con un vehementísimo deseo de que la verdad triunfara, deseo que tan vivo y punzante, nunca, hasta aquel momento, habíalo experimentado el pretor.

Y todas estas sensaciones, y todas estas estrañezas y repentinas mutaciones de ánimo, tenian tan vivamente escitado á Pilatos, que en vez de preguntar á Jesús algo conducente á la causa, quedóse contemplándole por unos momentos, y luego le dijo:

—¿Tienes acaso en tí algun amuleto mágico, pues cuando me pongo en tu presencia me hallo del todo cambiado, y siendo tú el acusado y yo el juez, parece que nuestros respectivos papeles se truecan en un momento, y entonces parezco yo el reo y tú el que ha de juzgarme?... Yo no me esplico esto, si no doy con la idea de que eres un mago, ó tienes en tí algo que fascina. Díme, pues, ¿qué secreto es el tuyo?

—Mi secreto es ser la verdad.

—¡Volvemos á las andadas! — exclamó Pilatos mohino.

—Es lo único que puedo contestarte; es lo único que obra sobre tí.

—¿Y qué tengo yo que ver con la verdad?

—Tu la amas un poco, aun á despecho tuyo; tú la quieres aun ignorando que la quieres: infortunado de tí, el dia que obres en todo contra ella, porque si este dia llega, la desgracia te perseguirá hasta reducirte á polvo.

Pilatos soltó una carcajada al oír estas palabras del Salvador, pero la risa del esposo de Claudia no era de alegría... tal vez habia trocado el papel con los suspiros. Pilatos rió con una carcajada nerviosa y convulsiva, como rien muchos que al recibir una tremenda herida en el alma, engañan al mundo, ocultándoles de esta manera el dolor que acaban de sentir, y la impresion que de experimentar acaban.

—¿Eres acaso mago ó augur, que así hablas del porvenir? Por vida del divino emperador, que me vas pareciendo el hombre mas estraordinario de la tierra, y te prometo que ora mueras en un patíbulo, como los tuyos quieren, ora te salves y quedes en libertad, como yo desearia, el emperador Tiberio ha de recibir de Pilatos una relacion detallada de lo que eres y de lo que pretendes!

Jesucristo no dijo al pretor ni una sola palabra, mientras que las que poco antes pronunciara, dejaban en una conmocion indecible el alma de Pilatos, herida por la suprema presencia del Verbo, y asombrada por la majestad de Dios.

De improviso la hilaridad del romano cedió, y en su rostro aparecieron no sé qué melancólicas tintas de sombría tristeza. Esta tristeza revelaba bien á las claras, que la carcajada del pretor no habia sido mas que una máscara para cubrir la impresion que de recibir acababa.

Luego, variando de asunto, dijo á Jesús:

—Y bien; ¿no has oido todo lo que deponen contra tí tus compatriotas?

Jesucristo se mantuvo callado y silencioso. Este silencio era lo que acababa de preocupar á Pilatos.

—¿Por qué calla, — se decia, — si es inocente? y si no es inocente, ¿por qué no habla para defenderse y evitar así

la muerte que le amenaza? ¿Le es indiferente acaso vivir ó morir? ¿No le causa mella morir en un patíbulo, escarnecido de todos, de todos burlado, y espirando entre atroces tormentos? Si es inocente, ¿por qué calla? ¿por qué no procura evitar el fin que le espera, si es culpable? ¿Por qué no se defiende; por qué nada alega en su favor? ¿Por qué no escusa morir? ¿Por qué los tormentos y los regalos de la vida los mira con estóica indiferencia, y hasta con soberano desprecio? Hay algo extraño en ese hombre; algo extraño y grande, como son las maravillas!... ¿Será mas que un hombre?... ¿Será efectivamente la verdad? ¿Quién sabe!...

Y luego, dirigiéndose de nuevo al Señor, con amable y hasta suplicante entonacion le dijo:

—Te ruego que me contestes, porque como habrás podido conocer, te quiero bien: por este bien que te quiero, y por las simpatías que te demuestro, dime si tienes algo que contestar á lo que deponen contra tí tus compatriotas.

—Te agradezco el interés que por mí te tomas, pero siento no poder añadir una palabra mas á lo que dicho te tengo ya. ¿Qué quieres que diga? ¿No es la misma acusacion? ¿No he respondido cumplidamente á tus preguntas?

—¿Y nada tienes que decirme de nuevo? Mira que deseo salvarte; mira que deseo volverte la libertad.

Jesucristo, con los ojos humildemente puestos en tierra, y la cabeza inclinada sobre el pecho, no dijo una palabra.

Aquella dignidad pasmosa, aquella nobleza, tenían maravillado al pretor, hasta el extremo de confundirle y hacerle perder el aplomo y la serenidad.

Pilatos volvió á preguntar:

—¿No has oido cuántas acusaciones presentan contra tí? ¿Por qué no te defiendes, por qué no contestas?

Mientras tanto Pilatos sentia una voz estraña en el fondo de su corazon, que le decia:

—¿No ha contestado acaso Jesús á todas esas acusaciones? Refutarlas de nuevo ¿no seria darlas mas importancia de la que tienen? ¿No seria perder el tiempo en vanas palabras? Lo dicho, dicho está; si los hebreos insisten gritando en acusarle, él insiste callando en defenderse. Tu conciencia de juez, Pilatos, ¿puede conceder ningun valor á las acusaciones presentadas dos veces, cuando han sido deshechas ya una vez?

Y Jesucristo seguia callando, y aquel silencio convertíase para el pretor en un remordimiento incesante. Tanta dignidad en Jesús, tanta grandeza, desprecio tan manifiesto de la vida (al menos así se lo parecia al pretor), eran cosas que le tenian verdaderamente aturdido.

Imaginábase Pilatos que, estando delante de Jesús, se hallaba en otro mundo incomprendible para él, y que en aquel mundo existian hombres indefinibles, hombres que el romano no soñara jamás, hombres que tenian en mas la dignidad que la vida, hombres, en fin, dispuestos á sacrificarse por la verdad, sin consentir á sus labios una queja, sin tolerar á su espíritu un reproche, sin permitir un suspiro á su corazon.

Pilatos, recordando al valiente Scévola, habíale admirado siempre, pareciéndole que no existian ya hombres como el héroe romano; pero en aquella circunstancia, aun á pesar suyo recordaba á Scévola, y al compararle con Jesús, tambien á su pesar, parecíale un pigmeo el héroe del Lacio al lado del que conceptuaba el héroe de la Judea.

Y así su admiracion iba creciendo y aumentando su pasmo, mientras que el Cristo iba callando, y se ofrecia en sacrificio á su Padre celestial, para la salud de todas las

criaturas racionales del presente, del porvenir, y de algunas del pasado. Y decimos *de algunas del pasado*, porque Jesucristo no podía ofrecerse en sacrificio por aquellas que habian muerto en desgracia de Dios, y tenian en el infierno el lugar de eterna espiacion.

Esta escena silenciosa entre Jesús y Pilatos prolongóse bastante. Y mientras Jesús oraba, Pilatos meditaba... pero lo extraño para el pretor, era que sus meditaciones eran tan nuevas y singulares, que le dejaban atontado, y él mismo no se conocia.

—¡Oh! sin duda ese hombre es un mago, pues tan particular influencia ejerce sobre de mí!—baluceó el pretor.

Y luego, no con tono imperativo sino suplicante, levantando la cabeza dijo á Jesucristo:

—¿Te empeñas, pues, en no proferir una palabra para humillar á tus enemigos y defenderte?

Tampoco Jesucristo dijo al pretor una palabra, de modo que rayando ya el asombro en Pilatos hasta el último extremo, apartóse confundido y humillado del Salvador. Y al apartarse decia:

—¡Oh! Yo no sé qué influjo mágico es el suyo, que aun á pesar mio me subyuga, y humillándome con su silencio me siento cada vez mas atraido hácia él... No, no; yo no debo condenarle: los dioses inmortales, si es que hay dioses, y si es que son inmortales, me castigarían horriblemente, y si la divinidad no existe, me castigaria mi propio corazon. Sus enemigos, empero, me han amenazado nombrando á Tiberio, y mezclando en este criminal asunto el nombre del emperador, pero yo excogitaré un medio que me salve y que le salve; y si este medio no es suficiente, y si los inflexibles hados me obligan á que yo sea el juez inícuo que dicte la sentencia, no tendré ya la culpa de la

muerte de ese inocente, sino que la tendrá su implacable destino!...

¡Qué particular era el razonamiento de aquel juez indigno! Sabia que Jesús era inocente, y sin embargo él que tenia el deber de luchar con todo para sacar libre la inocencia del acusado, empezaba á echar la culpa á los hados inflexibles, si por acaso llegaba á condenar al inocente Jesús, cuando la culpa era tan solo de su cobarde y vil corazon!... Los hados eran una muletilla obligada de la injusticia ó de la indiferencia durante aquellos tiempos. Si el mismo Júpiter, padre de los dioses, se hallaba sujeto al destino, como podia dejar Pilatos de apelar á este recurso obligado en todas las debilidades ó infamias de los poderosos?

Y con estos pensamientos indignos, y con aquellos propósitos, apareció de nuevo en el balcon para hablar al pueblo israelita.

Y con fiereza, y tomando otra vez el visaje y la entonacion amenazadores, entonacion y visaje que, sin saber cómo, dejara al hablar con el Cristo, dijo á la multitud:

—Por mas que os empeñeis en acriminarle, yo no hallo delito en él.

—Y por mas que él se empeñe en negar, el delito existe. Jesús de Nazareth alborota al pueblo desde Galilea á Jerusalem:—contestó Onkelos, que siendo el único que comprendiera el efecto producido en Pilatos por el nombre de Tiberio, era tambien el único que tenia serenidad y suficiente energía, para continuar desempeñando el papel que empezara á representar.

—Vosotros sois los que hallais crimen en Jesús de Nazareth; pues juzgadlo vosotros:—dijo Pilatos con fiero sarcasmo.

—Tú sabes bien, que ni tenemos poder para juzgar á nadie, ni aunqueuviésemos ese poder nos incumbiría juzgar á un galileo, por haber cometido un delito de alta traición contra Roma.

La palabra *galileo*, pronunciada por Onkelos, fue para Pilatos como la aparición de un brillante lumínar, en un cielo cubierto de espesas y densas tinieblas. Buscaba un recurso para desentenderse de aquella causa difícil y enojosa, y dicha palabra brindóle con el apetecido y tan suspirado recurso.

El Pretor suspiró con afán. Parecíale habersele quitado de encima un peso tan enorme que, á buen seguro, si Onkelos supiera que su palabra había de producir en Pilatos semejante efecto, no la pronunciara, para tener el gusto de atormentar y torturar el corazón del pretor.

Pero la palabra había sido pronunciada; el recurso salvador había brotado al parecer, y el fariseo ni siquiera podía enterarse de todo lo que pasaba en aquel momento por el corazón del romano, porque, sin duda, que si de ello se hubiera enterado, habríase también arrancado de despecho los cabellos de su cabeza, y mordídose la lengua con que acabara de hablar.

Mas, ¿qué recurso era el que de ofrecerse acababa á Pilatos, como un rayo de luz en una noche tenebrosa y lóbrega? El concepto emitido por Onkelos, revelando á Pilatos que Jesús era galileo, podía ser semejante recurso? Sí, y lo era efectivamente, porque la Galilea no pertenecía á los dominios del pretor, sino á los del tetrarca Herodes. De consiguiente, siendo galileo Jesucristo, era súbdito del tetrarca, que por fortuna se hallaba en Jerusalem, con motivo de la festividad solemne de la Pascua. Herodes, pues, debía juzgar al Redentor del mundo.

Pero, ¿cómo, se nos preguntará tal vez, no había dado antes Pilatos con esa idea, para él salvadora? ¿Acaso él mismo, al nombrar á Jesucristo, no le calificaba con el nombre de la ciudad de Nazareth? ¿No sabía que Nazareth era una población de la Galilea? ¿No se había dicho durante los interrogatorios, que Jesucristo era galileo? Pues ¿cómo este recurso supremo no había ocurrido antes al pretor? La razón es sencilla: Pilatos no necesitaba antes de semejante recurso, y por eso no atinara en él; pero en aquel momento la idea emitida por Onkelos, era la chispa salida del pedernal, que prende en la yesca convenientemente preparada, porque el que maneja el eslabón necesita de fuego.

Y si esta razón no parece suficiente á muchos de nuestros amables lectores, les dejaremos aquí para que busquen la que mas convenga, y les satisfaga mas, mientras que nosotros, fuertes con el Evangelio, diremos que á Pilatos no se le ocurrió este recurso, hasta que necesitó de él; hasta que su repugnancia por condenar á Jesucristo, se lo dió á conocer.

Y pareciéndole que veía los cielos abiertos, dijo á los hebreos, no bien Onkelos acabó de hablarle:

—Pues bien; si vosotros no teneis poder para condenar á Jesús, yo tampoco tengo sobre él autoridad, y de consiguiente no me es dable juzgarlo. No espereis, pues, que me abrogue una autoridad que no me pertenece.

Los judíos miráronse con asombro, como si no pudieran comprender á qué fin Pilatos acababa de hablarles de semejante manera. Y hasta el mismo Onkelos, lleno de pasmo, y tal vez de miedo, apenas acertó á preguntar al pretor:

—¿Quién tiene, pues, en tu concepto, esa autoridad?

¿No te hallas, acaso, puesto por Roma en Judea, para gobernar nuestra tierra y entender en todas las causas? ¿No acabas de quitar al Sanhedrin todas sus facultades, matando con una sola palabra su vida secular, de la misma manera que con un soplo se mata una luz?

—Yo juzgo en Judea, pero Herodes lo hace en Galilea. Aquí administro yo los intereses del imperio, y en su tetrarquía los administra Herodes, y como el acusado pertenece á los dominios de este último, no soy yo quien debe y puede juzgar á Jesús de Nazareth, sino que es el tetrarca de Galilea.

Oyendo estas expresiones de Pilatos los miembros del Sanhedrin se miraron sin saber qué pensarse. Ni el mismo Onkelos, por de pronto, pudo pensar si era buena ó mala para sus infames intentos la razon que el pretor daba para excusarse de juzgar y sentenciar á Cristo.

Nadie de cuantos habia en la plaza, esperaba la salida con que el pretor acababa de sorprenderles; pero todos á una pensaron que aquello era una nueva humillacion que Pilatos les hacia sufrir, pues se negaba á juzgar á Jesús, alegando una razon bastante especiosa por cierto; pero que no admitia réplica, ni ofrecia punto por donde volver á intimidarle.

—¡Maldito seas de todos los hombres y de todas las criaturas, y el hambre te devora las entrañas!—Musitó el fariseo, mirando deshecho su plan taimado, en un momento, y cuando menos lo esperaba.

—Entréganos, pues, á Jesús de Nazareth para que lo conduzcamos á Herodes:—gaturó Anás.

—Jesús de Nazareth irá acompañado de una escolta del pretorio. Vosotros podreis seguirle, si os acomoda, pero no volverá á caer en vuestras manos la pobre y desgra-

ciada víctima, para que no se dé á Jerusalem un nuevo y repugnante espectáculo, como el que le habeis ofrecido ya.

—¡Lo merecia!—exclamó Eleazar indignado.

—¿Quién, Jerusalem?—preguntó Pilatos con un pronunciado sarcasmo:—sí, es verdad; Jerusalem merece espectáculos dignos tan solo de las fieras.

—¡Pilatos!...—guturaron algunas voces amenazadoras y tempestuosas.

—Paréceme que buscáis algun motivo para que corra sangre en abundancia, judíos; y si este motivo me ofrecéis, á buen seguro que no me será difícil daros colmado el espectáculo, de que poco ha hablaba uno de vosotros.

Y diciendo esto desdeñosamente, entró de nuevo en el salon del tribunal, mientras que los enemigos de Cristo comentaban la tenacidad del pretor en no condenar á Jesús, la ocurrencia que tuviera para excusarse de hacerlo, y las humillaciones repetidas que se complacia en hacer sufrir al pueblo hebreo.

Y unos juraban, y otros maldecian, y otros amenazaban, y otros temian á Herodes, porque el carácter del tetrarca y de sus cortesanos, era mas temible para aquellos seres indignos y miserables, por la misma razon que era muy frívolo.

—¿Qué harémos?—se preguntaban aturdidos.

—No temais;—respondíales un exaltado herodiano:—el Nazareno va á caer en las manos mejores del mundo. Herodes desea conocerle, y despues de haberle conocido no titubeará en sentenciarle.

—¿Recordais á Juan el que bautizaba en el Jordan? ¿Qué le importó al tetrarca que fuese tan amado del pueblo? Bastóle que en un dia de orgía una mujer le pidiese su cabeza, para que Herodes se la concediera sin vacilar.

Y la cabeza de Juan fue presentada en una fuente en la sala del festin, y la mujer bailarina dióse por complacida, y por satisfecha su madre, y el pueblo calló, por mucho que amara al que de morir acababa. Este es Herodes, y os aseguro que sin reparo alguno podeis llevar el Nazareno á su presencia, y pedir allí al tetrarca la muerte del sedicioso, bien seguros de que sin empacho alguno le hará en seguida cortar la cabeza, sin que le preocupe el temor á los sectarios de *ese hombre*, y sin que la sangre derramada le quite ni un minuto de sueño:—dijo otro herodiano, entusiasta partidario del tetrarca, que tan bien acababa de pintar.

—Herodes agradecerá la ocasion que le ofrezcais de conocer al Nazareno, y tengo por seguro que os ha de dar las gracias por la gloria que le proporcionaréis, en el hecho de que sea él quien condene á muerte al sedicioso:—dijo un tercero, entusiasta como los dos anteriores por la dinastía de Herodes, y por tanto enemigo de la madre patria como aquellos.

Los sacerdotes y fariseos; los escribas y los saduceos estaban preocupados, y aquel paso necesario que debian dar, teníales mohinos y hasta temerosos. Por otra parte odiaban á Herodes mucho mas que al pretor, y el carácter del tetrarca y el influjo de sus áulicos, eran para aquellas miserias un estorbo de gran trascendencia, y de gran importancia.

—¿Existe acaso álguien que pueda jactarse de conocer las resoluciones que tomará un carácter frívolo y vano como el de Herodes, aun cuando se tengan los antecedentes que tenemos para pensar que condenará al Nazareno? —dijo Onkelos medio desesperado al viejo Anás.

—Mucho debemos fiar de la suerte;—respondióle el pontífice.

—¿Y si la suerte se empeña en mofarse de nosotros?

—Entonces se arrastra al Nazareno por esas calles, se le despedaza, y se clavan sus manos en la puerta del palacio de Herodes y su cabeza en la del pretorio:—esclamó Eleazar desesperado, interviniendo en la conversacion.

Onkelos miróle con un desprecio supremo, y Anás montado en cólera no pudiendo contenerse dijo:

—Malditas sean las entrañas que te dieron vida, y quiera Dios que mueras tú, ¡necio! arrastrado por las calles como acabas de decir. ¡Oh! ¡qué dia será aquel en que vea caer tu lengua á pedazos, ó cerrarse tus labios para siempre, como si jamás hubieras tenido boca!

Eleazar perdió del todo la paciencia, y contestó á su padre con otra maldicion mas horrible tal vez, pero como esas disensiones no atañen á nuestro propósito, las dejaremos aquí, para seguir á Pilatos desde el momento que dejó el balcon pretorial.

El romano iba entre complacido y pesaroso: complacido por habersele brindado ocasion oportuna para desentenderse de la causa de Jesucristo; pesaroso porque atendido el carácter de Herodes, temia que el divino Redentor, á pesar de toda su inocencia, caeria por fin víctima de los implacables enemigos, que le jüraran una guerra de exterminio, puesto que el tetrarca era cruel y frívolo por demás.

—¿Pero qué le puedo hacer?—decíase Pilatos;—he luchado con todas mis fuerzas; he apurado todos los recursos para salvarle, mas si su destino es morir en un patíbulo, ¿quién puede sujetar al destino? Yo plañiré su suerte, y mi conciencia tranquila, dirá á mi corazon que he puesto de mi parte todo lo que me era dable para salvarle...

Despues de dicho esto, al parecer quedaba Pilatos mas tranquilo; abandonábale un poco al parecer, la terrible es-

citacion que torturándole estaba desde la noche anterior, y pasando á un nuevo orden de ideas, y recordando su antigua enemistad con Herodes, decíase :

—El majadero del tetrarca será capaz de tomar como un memorial en que solicito su amistad, el paso que voy á dar... pero á mí ¿qué me importa lo que Herodes pensará? Yo me desentiendo afortunadamente de causa tan enojosa, y si Herodes tuviera un poco de talento, á buen seguro que en el acto de enviarle yo á Jesús, veria una nueva provocacion y una ofensa nueva, pues, que en mi concepto no puede hacerse agravio mayor á un grande, que ponerle en el caso de sentenciar injustamente á un ser, que no tiene mas delito que el haberse atraído la saña de los malvados por sus virtudes y buenas acciones... Pero á mí, repito, ¿qué me importa eso? Allá se las haya el tetrarca con su frivolidad, y con la espinosa situacion en que le coloco.

Y diciendo esto acercóse á Jesús y le dijo :

—Tus acusadores me han hecho notar que eres galileo, y de consiguiente voy á enviarte al tetrarca de tu país para que te juzgue.

Jesucristo hizo un movimiento débil con la cabeza y los hombros, como para significar que estaba dispuesto á todo, pues, á todo se hallaba de antemano resignado.

Pilatos, viendo aquel ademan de Jesús, no pudo abstenerse de decirle :

—Permite que te diga antes de separarnos que eres un hombre verdaderamente escepcional; nada te hace mella, y te veo tan tranquilo y reposado como pudieras hallarte en los dias mas felices de tu vida.

—Te estrañará sin duda lo que voy á decirte;—contéstole el Salvador;—pero por mas que te estrañe, por inve-

rosímil que te parezca, debo decirte que este es el dia mas afortunado de mi vida.

—¡Donosa fortuna es la tuya! Te veo lleno de heridas, chorreando sangre desde la coronilla hasta los piés, débil, maltratado, hecho el objeto de la saña de tus compatriotas, y allá fuera están los que piden incesantemente tu muerte afrentosa. Si esto es ser afortunado, confieso que lo eres como jamás lo haya sido ningun hombre.

Y Pilatos sonrió, no sabiendo si tenia delante un dios ó un loco... Que Jesús era loco no podia sin embargo creerlo, porque la ciencia del Cristo era portentosa, pero tampoco se atrevia á creer en que fuese un dios aquel Ser escepcional, porque el romano, como muchos de sus compatriotas, no creia en la existencia de la divinidad. ¿Qué era, pues, Jesús en concepto del Pretor? Un enigma indescifrable; un misterio que le anonadaba, que le producía el vértigo; que le convencía de su propia nada. Así es que su sonrisa apagóse en sus labios como se apaga una mecha cuando carece de combustible.

Jesucristo, á su vez, ni quitó los ojos del suelo, ni contestó una palabra á las que Pilatos acababa de dirigirle.

El Pretor le dijo :

—Y dime; ¿la muerte y los tormentos no te amedrentan? ¿No te espanta la pavorosa sombra del porvenir que te preparan los judíos?

—Escrito está lo que debe suceder, y los hombres no harán conmigo mas de lo que se halla vaticinado. Yo acepté sin repugnancia estos vaticinios cuando vine al mundo; ¿cómo quieres que ahora mire con repugnancia y con horror, lo que de antemano sabia que habia de venir sobre mí?

—Es decir que si esos vaticinios hacen la historia de tu muerte, ¿tú te hallas dispuesto á morir?

—Sí. ¿Acaso tú mismo, ó Pilatos, te escaparás de la muerte y del juicio de Dios? ¿Acaso se escaparán de la muerte y del divino juicio esos pobres obcecados, á quienes das el nombre de enemigos míos? ¡La muerte! ¿No la aceptan todos los seres desde el momento en que nacen á la vida? Y por mas que las criaturas se rebelen, ¿dejarán por eso de morir cuando su hora haya llegado? ¿Por qué no aceptarla voluntariamente, cuando de todos modos ha de venir un dia en que apague nuestra existencia mortal, no curándose de si la aceptamos resignados, ó si nos esforzamos en luchar para vencerla?... Pero yo te digo que la muerte será en mí de grandes consecuencias para la vida, y que yo romperé su aguijón.

—¿Pretendes acaso hacernos inmortales? —díjole Pilatos con un frio y sarcástico escepticismo.

—¿Acaso no somos inmortales todos los hombres? ¿Acaso el espíritu que los humanos hemos recibido de Dios no es un aliento de la vida divina? Y si la divinidad es la eterna vida, ¿cómo quieres que no sea inmortal el soplo de esa vida que el hombre lleva dentro de sí?

—Tú eres un gran filósofo; tú sabes mucho, y es una desgracia que tus compatricios te quieran tanto mal: á no ser así, yo tendria un gusto particular en departir contigo, y casi estoy seguro que llegarías á tener en mí un celoso adepto, en mí, que no creo en nada mas que en lo que veo y toco... Pero ¡cómo ha de ser! —añadió encogiéndose de hombros, — el destino lo ha dispuesto así, y quiero tomar ejemplo de tí, no rebelándome contra el destino... De todos modos, y como te juzgo una víctima inocente de la desenfrenada envidia de los príncipes de tu pueblo, no creo deshonrarme haciendo que te lleves de mí un buen recuerdo: quiero hacer por tí todo lo que me sea

posible; siento que esto sea poco, pero aun en su misma insignificancia, podrás persuadirte de la buena voluntad que te tengo. Como te he dicho, Herodes es quien debe juzgarte, pues que eres súbdito de su tetrarquía; si te entregara otra vez en manos de tus enemigos, estos desahogarian en tí la rabia que les anima, y te maltratarian indignamente: yo quiero evitarlo, y á este fin te confiaré á un piquete de los soldados de mi guardia, y les encargaré que procuren impedir que te veas maltratado mientras permanezcas bajo su custodia. No temas; mis soldados harán lo que yo les mandaré, y tú llegarás seguro hasta el palacio de Herodes. Es lo único que puedo hacer por tí, y para testificarte mis simpatías, ya ves que no vacilo en hacerlo.

El divino Redentor, hallando en un pagano mas clemencia de la que á los de su nacion mereciera, inclinó suavemente la cabeza, como para dar gracias al pretor por su buena accion.

Ojalá que Pilatos no hubiese vacilado despues; ojalá que el temor no le hubiera acobardado é inducido á la mas grande injusticia, y Jesucristo premiara largamente en los cielos, las simpatías y los buenos deseos que en aquellos momentos animaban al pretor romano.

Este salió del salon del tribunal, habló con un criado, quien partió á comunicar sus órdenes á un tercero. Este tercero era el centurion de la guardia del pretorio, era Cornelio, á quien conocemos ya, y el cual, como nos consta, sentia hácia Jesucristo una irresistible simpatía. Esta simpatía obligóle mas adelante á hacerse cristiano, como creemos haber dicho en otra parte.

Pilatos habló con el centurion unos breves momentos: despues, mirando compasivamente á Jesús, dejó el pretor

aquellas habitaciones para ir á ocultar en otra estancia la indefinible emoci6n que le dominaba.

Mientras desaparecía Pilatos, oyósele decir tristemente:

— ¿Por qué quiere el destino que yo no pueda salvarle sin perderme? *

Cornelio, mientras tanto, mirando compasivamente al Salvador, le decia:

— ¡Sígueme, víctima inocente! el pretor te ha confiado á mí, encargándome que impida que te maltraten: sígueme, y no temas, porque las órdenes de Pilatos se verán escrupulosamente cumplidas.

El divino Salvador envió una mirada de inmensa gratitud al noble corazon de Cornelio, y empezó á seguirle con paso débil, y dando á veces ligeras muestras de lo mucho que sufría, puesto que con el movimiento se le renovaban todos los dolores, y se le abrian algunas heridas.

Y así llegaron al atrio del pretorio, mientras que al verle los sacerdotes y los fariseos, arremolinábanse furiosos á la puerta del palacio, con deseos evidentes de descargar sobre el inocente Jesús, toda la ira que bramaba en sus corazones emponzoñados.

Cornelio, para quien no pasaron desapercibidos ni el movimiento del pueblo judío, ni tampoco sus crueles intenciones, mandó que formara en dos filas un piquete de la guardia, y colocándose al lado del Salvador, hizo que los soldados marcharan en dos líneas paralelas á su derecha y á su izquierda. Y en esta disposicion adelantaron hasta la puerta del pretorio, que daba á la gran plaza, y desde allí con voz robusta y firme, dijo Cornelio á los príncipes de la sinagoga:

— Presumo que os mostraréis prudentes, á pesar de la rabia que os devora. Jesús de Nazareth se halla bajo la sal-

vanguardia de los soldados del imperio, y una imprudencia podria costaros muy cara. No lo olvideis, porque esta es una advertencia que os puede convenir mucho.

Los miembros del Sanhedrin palidecieron de ira, y hubieran querido matar con una mirada al centurion, pero como esto no les fue dable, no tuvieron otro recurso que abrir paso, y mostrarse prudentes como les aconsejara el noble Cornelio.

Esta prudencia, sin embargo, se limitó tan solo á los hechos, pues que muchos, como Eleazar y Sadoc, no pudiendo contener su lengua, iban vomitando insultos y blasfemias horrendas contra Jesucristo, que marchaba humilde y resignado, como una víctima pacífica marcha al sacrificio que le espera.

Y el pueblo gritaba y corria; y aquí se arremolinaba la multitud, y allá lloraban las mujeres, y en otras partes los discípulos del Mesías plañian la suerte de su divino Maestro, y en todo Jerusalem dominaba un sentimiento extraño, nunca experimentado... una inquietud general.

Hasta el cielo se mostraba escesivamente triste, contra su costumbre, en aquella estacion. Las nubes no le empañaban, pero le cubria una neblina negruzca, parecida á un cendal negro, que oscurecia los rayos del sol, y bañaba la tierra con una luz oscura y melancólica, con una oscuridad y melancolía indefinibles.

Y mientras que esto sucedia en el cielo y en la tierra, la comitiva iba adelantando hácia el palacio del tetrarca, que hermoso y arrogante levantábase á un extremo de la ciudad. Este extremo habíalo producido la exuberancia de vida de Jerusalem; que sintiéndose estrechada en demasía por el cinto de murallas, habíalo roto, yendo á engrandecerse á la otra parte de ellas, sin que por esto los antiguos

muros y las primitivas fortificaciones que los coronaban, desaparecieran.

Una lujosa puerta que se abría en el antiguo muro, daba paso al nuevo barrio de la ciudad. No lejos de esa puerta se levantaba el palacio suntuoso del tetrarca, palacio que por su elegancia, riqueza y hermosura tenía fama de ser uno de los mejores del orbe. Los mismos romanos, admirados, comparábanlo al *Bruchion* de Alejandría, que era una maravilla de suntuosidad en aquellas edades.

Y allí, por fin, si bien con mucha fatiga, llegó el Salvador de los hombres para ser escarnecido y burlado.

CAPITULO VIII.

En el palacio de Herodes.

La escena cambia, y nuevos personajes aparecen en ella, personajes no menos malvados que los que hasta el presente nos han ocupado.

No es ya el pretorio romano, ni sus soldados; no son ya los escribas, los fariseos y los sadduceos los que van á ocuparnos, sino que son los herodianos, sino que es la corte de un rey necio y lascivo; de un rey que une á la crueldad proverbial de su raza, la frivolidad de una mujer.

Este rey se llamaba Herodes, y como en la gran mayoría de las cortes reales, no eran por cierto las ideas religiosas lo que mas privaba entre los áulicos del tetrarca de Galilea. ¡Cosa particular! Cuanto mas necesitan los grandes de

las inspiraciones de la religion, tanto mas prescinden de ella, tanto menos se ocupan de Dios, y esto que por consecuencia natural produce la arbitrariedad y la injusticia, produce tambien una escitacion entre el pueblo, escitacion que no tarda en traducirse en hechos violentos contra el trono. En este caso la voz del pueblo es la voz de Dios que amonesta á los reyes, y las injusticias del solio son el castigo del pueblo, por haberse apartado de los senderos de la vida y del bienestar.

Mas, de dejando aparte innecesarias divagaciones, diremos que con razon el fariseo y los sacerdotes temian la proverbial frivolidad de Herodes, y sobre todo el influjo, nulo del todo, que los príncipes de la sinagoga tenian en la corte del tetrarca.

Esta era viciosa y frívola, como todas las cortes, donde por punto general florece la maldita planta de la adulacion, y da sus frutos el árbol de la envidia, bajo cuya sombra se cobijan los pequeños de entendimiento, y los pigmeos de corazon.

Á parte del odio que los israelitas profesaban á los herodianos, y del que estos tenian á los israelitas, los príncipes de la sinagoga temian un mal éxito en aquella maldita empresa, porque no sin razon pensaban que Herodes y los suyos se pondrian del lado de Jesús, cuando no fuera para otra cosa que para contrariar á los enemigos del Cristo, que eran á su vez enemigos de la corte del tetrarca.

Un odio sordo y latente les animaba á los dos bandos, entrambos traidores á la patria, y entrambos proclamándose amigos decididos de la raza de Jacob.

Onkelos, que á causa de su talento mas perspicaz, veía de mas lejos que sus malvados compañeros, dijo al viejo Anás y al compañero de este: